

unas pisadas de caballos se dejaron oír en la puerta. Era el primer coche de la ambulancia que entraba en el patio, pero sólo traía diez heridos leves, sentados frente á frente, la mayor parte con el brazo en cabestrillo, algunos con heridas en la cabeza, que traían vendada. Bajaron del coche y empezó la visita.

Como Enriqueta, que ayudaba á un soldado muy joven que tenía el hombro atravesado por una bala, á quitarse el capote, lo que le hacía gritar, vió el número de su regimiento, le preguntó:

—¿Usted es del 106.º? ¿Pertenece usted á la compañía Beaudoin?

Pertenecía á la compañía Ravaud. Pero conocía al cabo Juan Macquart, y pudo decir que la escuadra de éste no había entrado aun en fuego. Esa noticia tan insignificante bastó para alegrar á Enriqueta: su hermano vivía, cuando su marido hubiese vuelto estaría completamente tranquila.

En aquel momento levantó la cabeza y se quedó perpleja al ver á algunos pasos de ella, en medio de un grupo, á Delaherche contando los peligros que había corrido desde Bazeilles á Sedán. ¿Cómo se encontraba allí? No le había visto entrar.

—Y mi marido, ¿no está con usted?

Pero Delaherche, á quien su madre y su mujer interrogaban con mucho afán, no se dió prisa en contestarla.

—Aguarde usted un momento.

Después continuó su narración:

—Desde Bazeilles á Balan he estado expuesto á morir veinte veces. ¡Una granizada, un huracán de balas y de granadas! Y he encontrado al emperador

hecho un valiente. Después, desde Balan hasta aquí, he echado á correr...

Enriqueta le tocó el brazo.

—¿Mi marido?

—¿Weiss? ¡Pues se ha quedado allí!

—¿Cómo allí?

—Sí, ha cogido el fusil de un soldado muerto y estaba haciendo fuego.

—¿Se bate! ¿Por qué?

—¿Está loco! No ha querido seguirme y le he dejado, naturalmente.

Enriqueta le miraba con los ojos fijos, muy abiertos. Hubo un momento de silencio. Después, tranquila ya, se decidió.

—Está bien, voy allá.

Iba á ir, ¿cómo? No era posible; ¡era una locura! Delaherche hablaba de las balas y de las granadas que barrían el camino. Gilberta la había vuelto á coger de las manos, mientras que la señora Delaherche se esforzaba en demostrarla la temeridad de su proyecto. Con su aire tranquilo y resignado, contestó:

—¡No, todo es inútil, voy allá!

No hubo medio de hacerla desistir, solo aceptó el encaje negro que Gilberta llevaba sobre el pelo. Confiando aun que podría convencerla, Delaherche declaró que la acompañaría hasta la puerta de Balan. Pero acababa de ver al centinela, que en medio del barullo que había originado la instalación de la ambulancia, no cesaba de pasearse por delante de la cochera, donde se encontraba encerrado el tesoro del 7.º cuerpo; y se acordó, tuvo miedo, fué

á asegurarse de qué los millones estaban allí. Enriqueta se hallaba ya bajo el porche.

—¡Aguárdeme usted! ¡Es usted tan loca como su marido! Palabra de honor.

En aquel momento entraba un nuevo coche de la ambulancia, y tuvieron que apartarse para dejarle pasar. Este, más pequeño, de dos ruedas, conducía dos heridos graves, acostados sobre camillas. El segundo tenía la pierna derecha destrozada. Y en seguida mandó Bourcoche colocar á este sobre el hule que cubría el colchón, empezando la primera operación entre el continuo ir y venir de los enfermeros y de los practicantes. La señora Delaherche y Gilberta, sentadas cerca de él, preparaban vendas.

Fuera, Delaherche había alcanzado á Enriqueta.

—Vamos á ver, señora; no vaya usted á hacer esa locura... ¿Cómo quiere usted ir á ver á Weiss allá? No estará ya, seguramente, y habrá cortado por los campos para venirse... Le aseguro á usted que no hay medio humano de acercarse á Bazeilles.

Pero no le escuchaba, andaba muy de prisa, metiéndose por la calle de Ménil para llegar á la puerta de Balan. Eran cerca de las nueve y Sedan no ofrecía el mismo aspecto lúgubre del amanecer, el despertar desierto entre la espesa niebla. Un sol de plomo recortaba las sombras de las casas, y en las calles, un gentío inmenso obstruía el tránsito, y de vez en cuando pasaba á escape una estafeta. Se formaban grupos alrededor de algunos soldados que habían vuelto á la ciudad, heridos unos levemente y los otros gesticulando, moviéndose, gritando. Y sin embargo, la ciudad hubiese conservado aun su

aspecto ordinario, sin las tiendas con los escaparates cerrados, sin las fachadas muertas, donde no se veía ni una persiana abierta. Después eran los cañonazos, esos continuos cañonazos que hacían retemblar las piedras, el suelo, las paredes; hasta las pizarras de los tejados retemblaban.

Delaherche seguía luchando interiormente, no sabiendo qué partido tomar, vacilando entre su deber de hombre valiente que le ordenaba no abandonar á Enriqueta y el miedo que le inspiraba la idea de volver á recorrer aquel camino de Bazeilles, bajo las granadas.

De pronto, al llegar á la puerta de Balan, una oleada de oficiales á caballo que regresaban, los separó. Mucha gente se hacinaba cerca de las puertas aguardando noticias. Echó á correr para encontrar á la joven, pero todo fué inútil: debía hallarse fuera del recinto, andando hacia Bazeilles. Y sin llevar más lejos su celo, dijo en voz alta:

—¡Tanto peor! ¡Es demasiado tonto!

Entonces Delaherche se paseó por Sedan como hombre curioso que no quiere perder detalle alguno, preocupado con todo lo que estaba sucediendo. ¿Qué iba á ocurrir? ¿Y si el ejército era derrotado, no tendría que sufrir la ciudad? Las contestaciones á esas preguntas que él se daba, quedaban muy oscuras, como dependientes de los sucesos. Pero empezaba á tener miedo por su fábrica, por su casa de la calle de Maqua, de donde había sacado todos los valores enterrándolos en sitio seguro. Se fué al ayuntamiento y encontró al municipio en sesión permanente: allí se quedó mucho tiempo sin averiguar nada de nuevo, solo supo que la batalla toma-

ba mal aspecto. El ejército no sabía á quién obedecer, retirándose hacia atrás durante las dos horas en que el general Ducrot había ejercido el mando en jefe, marchando de nuevo hacia adelante, empujado por el general Wimpffen, que acababa de sucederle en el mando, y estas oscilaciones incomprendibles en posiciones que había que conquistar de nuevo después de haberlas abandonado, aquella total ausencia de plan y de enérgica dirección precipitaban el desastre.

Después, Delaherche se fué hasta la Sub prefectura para averiguar si había regresado el emperador. Sólo pudieron darle noticias del mariscal MacMahon á quien un cirujano había hecho la cura de la herida, que no ofrecía peligro, y el cual se encontraba tranquilamente en la cama. Pero á eso de las once tuvo que detenerse durante un momento en la calle Mayor, delante del hotel de Europa, por un cortejo lento de soldados de caballería, cubiertos de polvo, cuyos caballos marchaban al paso. Y á la cabeza del cortejo reconoció al emperador que volvía á Sedan, después de haber estado cuatro horas en el campo de batalla. La muerte no quería hacer presa en él.

Bajo el sudor de angustia de aquella caminata á través de la derrota, los afeites habían desaparecido de las mejillas, los bigotes tan tiesos antes, se habían aflojado y colgaban lacios, y la cara de color de tierra había tomado el aspecto doloroso de la agonía. Un oficial que se había apeado delante del hotel, se puso á explicar á un grupo el camino que habían recorrido desde la Moncelle á Givonne, por todo el vallecito, entre los soldados del primer

cuerpo, al que los sajones habían rechazado sobre la orilla derecha del riachuelo, y habían regresado por el camino cubierto del fondo del Givonne, pero había ya tal confusión, tal atropello, que aunque el emperador hubiese deseado volver al frente de las tropas, no hubiera podido hacerlo sin grandes dificultades; verdad es que no había necesidad de que volviera, ¿para qué?

Mientras Delaherche oía esos detalles una detonación violenta conmovió el barrio entero. Una granada acababa de destruir una chimenea, en la calle Sainte Barbe, cerca del Donjon. Fué aquello un sálvese quien pueda, las mujeres empezaron á gritar. Delaherche se había arrimado contra la pared, cuando una nueva explosión rompió los cristales de una casa cercana. La situación se agravaba si empezaban á bombardear á Sedan y echó á correr hacia la calle Maqua, deseando averiguar algo; subió hasta el tejado y allí estuvo mirando desde una terraza que dominaba la ciudad y sus alrededores.

Se tranquilizó en seguida. El combate se verificaba por encima de la ciudad; las baterías alemanas de la Marfée y de Frénois tiraban por encima de las casas y los proyectiles iban á caer sobre la meseta de la Argelia; la trayectoria de las granadas le interesaba, seguía su vuelo de inmensa curva con una ligera humareda que se quedaba sobre Sedan, semeando pájaros invisibles con una estela de plumas grises. Comprendió desde luego, que unas cuantas granadas que habían reventado sobre los tejados á su alrededor, eran proyectiles perdidos. Todavía no bombardeaban la ciudad. Después mi-

rando con más atención, creyó comprender que esos proyectiles debían contestar á los que habían disparado los cañones de la plaza. Se volvió, examinó hacia el Norte, viendo la ciudadela, aquel conjunto complicado de fortificaciones formidables, las murallas negruzcas, las manchas verdes del glacis, un conjunto geométrico de baluartes y, sobre todo, las tres puntas gigantescas, la de los Escoceses, la del Gran Jardín y la de la Rochette, con sus ángulos amenazadores y después una á modo de prolongación ciclópea avanzaba hacia el Oeste; era el fuerte de Massau al que seguía el fuerte del Palatinado, encima de la calle de Menil. Recibió á la vez la impresión melancólica de una enormidad y la que produce la vista de un juguete. ¿Para qué servían, ahora que con esos cañones los proyectiles volaban de un extremo á otro del cielo? La plaza no estaba en condiciones de defenderse, no tenía ni los hombres, ni los cañones, ni las municiones necesarias. Desde hacía tres semanas apenas, el gobernador militar había organizado una guardia nacional con ciudadanos de buena voluntad, que debían prestar servicio en los cañones utilizables. De ese modo, en el fuerte del Palatinado disparaban tres cañones, mientras que en la puerta de París había una media docena útiles, pero como solo tenían municiones para unos ocho ó diez disparos, los economizaban, tirando solo cada media hora y eso para hacer acto de presencia, porque los proyectiles no llegaban, caían en las praderas de enfrente y las baterías alemanas, despreciándolos, no disparaban más que de vez en cuando, como por caridad.

Lo que interesaba mucho á Delaherche eran esas baterías. Registraba con sus miradas penetrantes los montes de la Marfée, cuando recordó que tenía unos anteojos de larga vista, con los que se había entretenido otras veces en mirar el horizonte. Bajó á buscarlos, volvió á subir y se instaló cómodamente; empezó á orientarse, moviéndolos lentamente pasando ante su vista las tierras, los árboles y las casas hasta que dió por encima de la gran batería de Frenois, sobre el grupo de uniformes que Weiss había visto desde Bazeilles, en el ángulo de un bosque de pinos. Pero Delaherche, gracias á sus anteojos, hubiera podido contar los oficiales de aquel Estado Mayor, tan bien los veía. Algunos estaban medio acostados sobre la yerba, otros de pie formaban grupos; y delante de ellos se veía un hombre solo, de pie también delgado, con el uniforme sin brillo, y que sin embargo parecía ser el amo. Era en efecto el rey de Prusia, muy pequeño, visto á aquella distancia, semejante á uno de esos minúsculos soldados de plomo, juguete de niños. Hasta más tarde no tuvo la certeza de que fuera él, no le perdía de vista, volviendo siempre los cristales hacia aquel hombre pequeñito, cuya cabeza del tamaño de la de un alfiler, solo era un punto apenas visible bajo el cielo azul.

No eran las doce, y el rey seguía la marcha matemática, inexorable, de sus ejércitos, desde las nueve. Marchaban, marchaban siempre por los caminos trazados, completando el círculo, encerrando paso á paso con aquella muralla de hombres y de cañones, á Sedan. El ejército de la izquierda, llegado por la llanura de Donchery, continuaba desembo-

cando por el desfiladero de Saint Albert, pasando por Saint Menges y llegando ya á Fleigneux; y veía perfectamente, detrás del XI cuerpo que peleaba contra las tropas del general Douay, deslizarse al V cuerpo, aprovechando los bosques para dirigirse á Illy, mientras que nuevas baterías venían á aumentar el número de las instaladas; una línea de cañones disparando, alargándose por momentos, el horizonte inflamándose poco á poco. El ejército de la derecha ocupaba ya todo el valle del Givonne, el XII cuerpo se había apoderado de la Moncelle, la guardia prusiana acababa de atravesar Daigny, subiendo el riachuelo, en marcha ya hacia la meseta de Illy, después de haber obligado al general Ducrot á replegarse detrás del bosque del Garenne. Un esfuerzo más y el príncipe real de Prusia daría la mano al príncipe real de Sajonia, en aquellos campos pelados en el lindero mismo del bosque de los Ardennes. Al sur de la ciudad no se veía ya á Bazeilles, que desaparecía detrás de la humareda producida por los incendios, en la oscura polvareda de una lucha rabiosa.

Y el rey, tranquilo, miraba, aguardaba desde el amanecer. Una hora, dos horas, tal vez tres; solo era ya cuestión de tiempo, un engranaje empujaba al otro, la máquina de aplastar hombres estaba puesta en movimiento y acabaría su misión. Bajo el espacio infinito del cielo que alumbraba el sol, el campo de batalla se estrechaba, toda aquella refriega furiosa, aquella pelea de puntos negros se empujaba, se amontonaba cada vez más, alrededor de Sedan. Los cristales brillaban en la ciudad, una

casa parecía quemarse hacia el barrio de la Cassine, á la izquierda.

Después más allá de los campos que habían vuelto á quedarse desiertos, hacia Donchery y Carignan, reinaba una paz absoluta, las aguas claras del Meuse, los árboles magníficos, los campos fecundos, las anchas praderas verdes, bajo el sol ardiente del mediodía, respiraban vida.

El rey había pedido un informe. Sobre el tablero gigantesco quería saber y tener en su mano aquella polvareda de hombres que mondaba. A su derecha un vuelo de golondrinas, asustadas por los cañonazos, revoloteó, se elevó muy alto y se perdió después hacia el Sur.

FIN DEL TOMO PRIMERO

